



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

CALIFORNIA 1800

Ochocientos carromatos aguardaban junto a la línea divisoria. Al otro lado se abría un vasto panorama de tierras vírgenes, ricas, fértiles y sin dueño. Quien llegara primero podría escoger la parcela que más le gustara. Bastaba con delimitarla con estacas. Los caballos piafaban nerviosos, quizá contagiados por sus dueños. Resultaba un espectáculo grandioso y emocionante observar a los ochocientos carromatos, con sus lonas blancas, cargados de gente y utensilios, aguardando la señal de salida... Un señor de chistera, blandiendo una bandera blanca en su mano derecha, se subió a duras penas a un barril y explicó a voz en grito que daría la salida, contando «Un, dos, tres...». Se hizo un silencio impresionante en medio del desierto, castigado por el sol. «A la de una...», empezó a decir. Exactamente no se sabe cómo ocurrió, pero el hecho es que un carromato se puso en movimiento, y al instante le siguieron en loca carrera los setecientos noventa y nueve restantes, levantando una gran polvareda. Rabioso, indignado, enfurecido, el señor de la chistera, subido en el barril, solo, en medio del desierto, gritaba: «¡No vale, hay que volver a repetir...!».

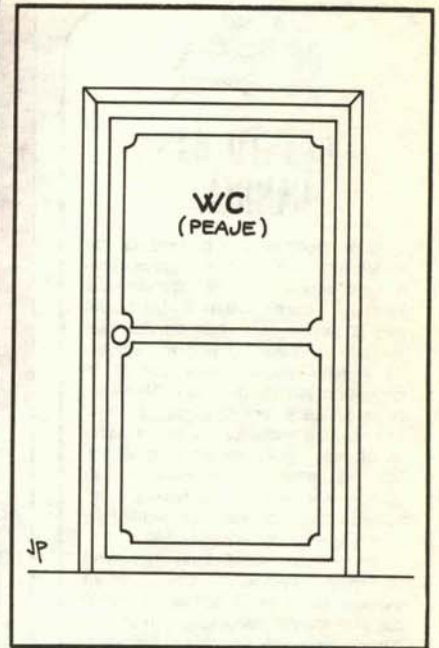
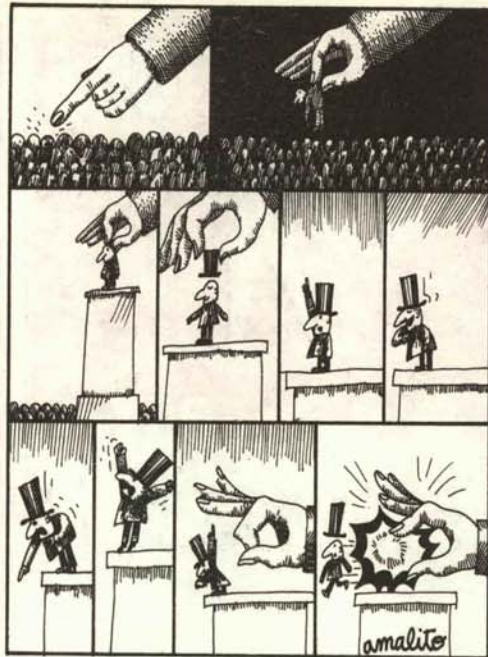
HOMBRE-PAJARO

Su trabajo básico se desarrollaba regular e invariablemente en la Oficina Municipal de Impuestos. Pero tenía una afición secreta, una ambición oculta: volar. Por sus propios medios, se entiende. Tras cinco años de trabajos y afanes, logró fabricar, en su pequeño taller de carpintería, un ingenio volador. Una mañana fría de domingo planeó con éxito por la ciudad, sin que, al parecer, nadie se percatara del hecho. Loco de alegría lo contó en la Oficina. Ante su indiferencia y escepticismo, se ofreció a repetir la hazaña. A las once de la mañana de un lunes laborable, planeó y dio varias vueltas, al edificio que albergaba la susodicha Oficina, a la altura de la planta undécima. Estos no daban crédito a sus ojos. El Jefe de Negociado, irritado por la algarabía provocada, le descontó un día de sus vacaciones y le prohibió volar en horas de Oficina.

LOS NOVIOS

Veinticinco años de noviazgo eran muchos años. Así lo estimaban los dos, es decir, el novio y la novia. Sólo tenían una alternativa: casarse o separarse. Probaron la separación. Imposible. Ella prorrumpió en llanto al doblar la esquina, ante el asombro de los peatones. El la llamó por teléfono ansiosamente por la noche a su casa, jurándole que no podía vivir sin ella. Decidieron casarse. La noticia conmovió a la madre de la novia. Lloró, sollozó sin tregua y pausa. «Mi hija, mi pobre hija —decía—, casarse así... tan de repente».

NEMORINO



SEÑOR

NO hay palabra fonéticamente más satisfactoria que la palabra «señor», sobre todo si a uno le gusta pronunciarla, por eso de que nuestros mayores saben más y tienen siempre razón. «Señor», o, como llamaban a Oliveira Salazar en Lisboa «O Señor», el señor por antonomasia. Así da gusto: «Yo soy El Señor», o, como le dijo un amigo mío inglés, sobrino de un duque, por supuesto, a un policía que le preguntó una noche cómo se escribía su apellido: «Todo él con mayúsculas, claro». Pero a lo que iba: «señor» es la palabra que indica la autoridad natural y quizá fuese útil dilucidar en qué se basa esa autoridad: en los idiomas latinos, por ejemplo, la raíz es «viejo», «senior», literalmente el más viejo que yo. En inglés la palabra señor es «Lord», que significa literalmente «el que controla el pan», es decir, el «loaf (pan) ward (Guardián)». Prueba de que el idioma es la antena de la inteligencia humana: controle usted el pan y es Usted el señor, sin que nadie lo ponga en duda. En alemán en cambio la idea del señorío es más cuadrículada, como casi todo en alemán, donde lo único que no se cuadra es el círculo por eso de que no se deja él. «Herr», señor, relacionado íntimamente con «Heer» (ejército) y «her» (hacia acá). Es decir, el señor latino es el que, por su edad, ha adquirido autoridad suficiente

para sentarse en el salón de los vejstorios (o sea, el «Senado»), el señor inglés es quien controla el pan, pero el señor germano es el sujeto que atrae hacia sí a todo un ejército. En los países comunistas la palabra señor ha desaparecido, y los señores allí se llaman ahora camaradas, con mayúscula, por supuesto, como los sobrinos de los duques ingleses. Los rusos, como siempre, llevan presintiendo la autoridad total desde ante mismo de existir: ellos en su lengua, «señor» (Gaspádin), viene de la misma raíz que «Dios» (Gaspód), a ver quien es el guapo que le dice que no al «señor» si, en su mente, esa palabra está relacionada con la idea del poder divino. Los vascos hicieron lo contrario, pues «jaun», que quiere decir señor feudal con derecho de pernada y toda la mosca, es la primera sílaba de la palabra «Jaungoicoa» (literalmente, «el señor feudal de arriba»), que es como dicen «Dios» los vascos por eso de que no se les ocurrió otra forma de decirlo. En fin, que cada idioma define el ordeno y mando con sus propias experiencias tribales. Se me olvidaba decir que la palabra árabe Caíd (señor), quiere decir entre nosotros alcalde (Al-Caíd), o sea, el que de verdad manda más que los señores del pueblo. O cree que manda. ■ BROWN.

